

si no tuvieran perspectivas, como con horizontes recortados, sin anhelos, sin ilusiones, sin ideas, sin renovaciones, sin empeño, sin alma... sin vida. Son jóvenes en cuanto a la edad; pero son viejos en cuanto a su forma de ver la vida, de actuar en la vida, de vivir la vida. Y generalmente no es que tengan tara física que los atocine, en cuyo caso justificaría las formas de su desenvolvimiento, no; son, en palabras del Maestro, «sepulcros blanqueados, bonitos por fuera, pero dentro contienen un cadáver»; son muertos que andan y que viven porque la fisiología de su cuerpo les da empuje, pero que tienen atrofia casi total del espíritu y de las ideas. Esta clase de personas, desgraciadamente para nuestra sociedad más de las deseadas, suelen ser envidiosas, porque son torpes; censuradoras, porque son incapaces; deseosas del mal ajeno, porque son impotentes. Conmueven a lástima, cuando se encuentran, porque con su conformismo se han visto privadas del mayor favor que Dios ha dado al hombre: la juventud.

Sin embargo, es de admirar al hombre que lleva en su ánimo, en su desenvolvimiento, en su comportar, en su actuar y en su vivir una continua juventud. No importan los años que tenga, si en él vive y perdura la juventud. Y gusta convivir con él, sea en negocios, sea en amistad, porque va emitiendo continuamente como ondas transmisoras de vida, de ilusión, de alegre esperanza, que no son otra cosa que juventud. Son optimistas, sinceros, abiertos, simpáticos, agradables y, generalmente, sencillos y educados, sin petulancias ni vanidades. Y son, casi sin excepción, muy trabajadores y emprendedores. Y son muy morales, y ven todo con horizonte diáfano, como su espíritu, porque son de espíritu grande, como su alma. Y son amigos de verdad y de la verdad. Si se sabe comprenderlos, son hombres que arrastran, que cautivan y que hacen enamorarse de su espíritu, porque aflora en ellos la vida, la agilidad de la mente y del espíritu, que es, en definitiva, la juventud.

Mucho debemos aprender de estas personas

para imitarlas. Sobre todo, aquellos que empiezan a dar los primeros pasos en la juventud y que, porque han vivido algo de la vida, ya se creen que están de vuelta de todo, cuando la verdad es que sólo han empezado a balbucear el abecedario de la juventud.

Juventud no es sólo poder físico; forma parte de ella, pero sólo una parte de las muchas que la componen. Juventud es también amor, trabajo, simpatía, educación, caridad, cumplimiento del deber, moralidad, condescendencia social, hombría... y poesía.

No se consiguen estos dones con los primeros pasos de la juventud. Es un camino largo, tan largo como la vida misma, y en ese andar el camino de la vida es cuando, con la voluntad siempre tensa, sin desmayos ni concesiones, con fe y con ahinco, se van perfilando primero y perfeccionando luego esas dotes maravillosas que hacen que la persona viva una continua juventud.

No se adquiere un título cuando se comienza una carrera, sino cuando se termina, cuando a través del estudio y de los exámenes se han dado pruebas inequívocas de madurez en la materia que se estudia. En el primer año de carrera se empieza a conocer, pero sólo a conocer, la materia. Y así año tras año se va madurando hasta alcanzar el dominio total.

Esta es la vida y esta es la juventud. Preparación primero, para entrar luego en el conocimiento pleno de la vida. Llamariamos loco a quien al iniciarse en una carrera quisiera empezar estudiando el cuarto curso de la misma. Imposible; no puede ser. Debe iniciarse con el primero y seguir de una forma correlativa los cursos. De igual forma es imposible que con veinte años de edad se quiera vivir como si se tuvieran cuarenta. Juventud, sí, pero viviéndola en las etapas que va marcando la edad, para de esta forma sensata y ordenada lograr alcanzar de una forma sana y moral esa tan maravillosa continuada juventud, sin conocer la vejez prematura.

J. S.-M. A.



Don Blas Tello
en el domicilio social
de la Agrupación artística
"Lazarillo",
firmando en el álbum
de visitas